

La poeta **Ángela Segovia** debuta en la novela con una historia inmensamente bella que exige una lectura cómplice

Tumbarse en la tierra para pensar mejor

por **JUAN MARQUÉS**

Que la hipersensibilidad de Ángela Segovia (*Las Navas del Marqués*, Ávila, 1987) es una de las mejores cosas que le han pasado a la poesía española en los últimos años es algo que ya ha adquirido naturaleza de clamor, y que la ha colocado con justa rapidez en los lugares de prestigio, bien a la hora de recibir premios o, mucho más importante, a la hora de abandonar, sin pretenderlo, la mejor poesía joven, la que de verdad permite asistir con esperanza al futuro de los versos.

Quien todavía ande despistado debería buscar el poema sin título que ocupa las páginas 134-135 de *Mi paese salvaje*, su libro de 2021: es, sencillamente, uno de los más grandes poemas que se han escrito en castellano en lo que llevamos de siglo.

Ahora la particular mirada de Segovia ha saltado por sorpresa a la narrativa, pero en el centenar de páginas de *Las vitalidades* encontramos plenamente su mundo, una delicadeza extrema que ya no sigue tanto el camino de lo experimental, característica muy visible de su poesía, como el de la observación meticulosa, milimétrica, honda. La escritora se mete en la primera persona de una niña que, totalmente aislada del mundo, languidece en una vieja casa y sus inmediaciones, protegida por su tutor (¿su padre?, ¿su hermano?...: al final se aclara) y acompañada por un jardinero, tres criadas y un gato.

La niña asegura ver el aura de las cosas y de las personas, lo que las rodea y sigue formando parte



ÁNGELA SEGOVIA
LAS VITALIDADES
La uña RoTa. 108 páginas. 13,50 €

esencial de ellas (si es que no son la parte esencial de ellas), y además distingue sus colores: esas «almas» de cada ser es lo que ella llama las «vitalidades». Pero ese conocimiento superior de lo que la rodea no la ayuda a adelantarse a los acontecimientos que lentamente, bien ajenos a su voluntad, van justificando una narración que poco a poco va derivando hacia los territorios del terror.

Como cabía imaginar, la poesía interna de la novela es lo que le concede esa inmensa belleza. «Las piedras casi siempre están calladas», se afirma hacia el final, y se va hablando de «el ángel de la desnudez», del coraje que han de tener «los delicados de espíritu», de lo útil que es «tumbarse en la tierra para pensar mejor», de las casas que de repente se ablandan. Pero «ningún secreto se revela de frente», se dice también. Eso es lo que sucede ante una novela que hay que leer con complicidad, con atención, despacio. Concentrando las intuiciones para atisbar su vitalidad, tan luminosa. **L**